

火
EN
MADRID,
EN LA IMPRENTA
DE IDAMOR MORENO,
SE TERMINÓ LA IMPRESIÓN
DE ESTE VOLUMEN EL
23 DE DICIEMBRE
DEL AÑO
1902.



RIPIOS MEJICANOS

RIPIOS
MEJICANOS

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA.

(MIGUEL DE ESCALADA).

...carmine fœdo splendida facta
linunt.

HORACIO.



MEXICO

EDUARDO RODRIGUEZ Y COMP., EDITORES.

—
1894

RIPIOS MEJICANOS

—♦♦♦—
EXORDIO
—

Va á hacer dos años que tuve el gusto de recibir la siguiente carta:

“Minatitlán (México), Junio 9 de 1891.

Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.

Muy señor nuestro:

Acabamos de leer su último libro (*Ripios Vulgares*), oportuno y chispeante como todo lo suyo (*favor que ustedes me hacen: muchas gracias*), y su lectura nos ha sugerido la idea—poco patriótica acaso (*no lo crean ustedes*), pero de gran utilidad para las bellas letras—de remitir á Vd. algunos versos de los poetas mejicanos más conocidos, á fin de que, si á bien lo tiene, sea Vd. servido de tundirles la pavana, á ver si así nos dejan vivir en paz.

Esperamos, pues, Sr. de Valbuena, que si alguna vez se dedica Vd. á escribir sobre *Ripios Ultramarinos*, no deje sin su jabonadura á los *aztecas*; recomendándole muy especialmente á Gómez Vergara, Puga y Acal, Montes de Oca y Luchichí, que están para un rifá-ráfé que no hay más que pedir.

Acepte, pues, el envío que hoy le hacemos y no deje de utilizarle oportunamente.

De Vd. affmos. SS. SS."

(*Siguen tres firmas*).

A esta carta acompañaba efectivamente, en recortes de periódicos y hojas de libros, una abundante colección de malos versos.

La tentación, como Vdes. ven, era irresistible, y he caído en ella.

Ahí van, pues, los RIPIOS MEJICANOS, sin permiso del *Duque Job*, que no es Duque ni crítico, ni nada, más que un pobre diablo que, usurpando el nombre á cualquiera de sus lectores, escribajea en Méjico y dice tonterías en verso y en prosa sin gracia ni sintáxis.

Madrid, 13 de Junio de 1893.

MANUEL PUGA Y ACAL

¡Pobres golondrinas!

Desde que D. Antonio Cánovas trató tan malamente á una de la clase, llamándola *aventurera* y otros improprios, en aquella trucidación, más bien que traducción, que el *Monstruo* hizo de los hermosos versos de Tomás Grossi, todos los malos versificadores se atreven con ellas.

Lo digo, porque el primer recorte que encuentro en la colección recibida de Minatitlán, es una poesía . . . y eso que, en rigor, poesía no es; pero en fin, de alguna manera había que llamarla . . . una *poesía* titulada *Las Golondrinas*.

El autor se llama D. Manuel Puga y Acal, que es, como recordarán ustedes, uno de los malos poetas especialmente recomendados en la carta.

Y por cierto que este D. Manuel es joven, cualidad que no conocería yo si mis amables é ilus-

trados comunicantes no la hubieran puesto por nota marginal en el cuerpo de delito.

No sucede lo mismo con otra cualidad de D. Manuel, con la de mal poeta, que aun cuando mis comunicantes se la callaran, la hubiera yo conocido en seguida.

En cuanto hubiera empezado á leer sus versos. Que dicen:

“Acércase el invierno;
Las selvas silenciosas
Sus hojas abandonan....”

¡Ven ustedes?... Esto ya no va bueno. Porque *silenciosas*, además de ser ripio y consonante de unas *mariposas* que vienen más abajo, es asonante de *abandonan*.

Y es grave defecto que sean asonantes dos versos seguidos en una octavilla, ó un verso y el hemistiquio de otro.

De modo que al primer tapón.... zurrapas poéticas.

O prosaicas.
Vamos adelante:

“Acércase el invierno;
Las selvas *silenciosas*
Sus hojas *abandonan*
Al *rápido* Aquilón.”

¡Qué nuevo es esto del *rápido* Aquilón! ¿eh?

Se van las *libelulas*....

Nuestro Diccionario las llama *libélulas*; pero por un acento más ó menos.... Adelante.

Se van las libelulas,
Se van las mariposas....

Bueno que se vayan si el poeta se empeña, pero.... ¡qué se han de ir!

Se van las libelulas,
Se van las mariposas,
Y triste en la enramada
Se calla el ruiseñor.”

¡Se calla, eh?... Pues no, señor, no se calla: se va. Este es el que se va. Vea usted lo que son las cosas.... dichas al revés.

Al acercarse el invierno en los climas fríos, el ruiseñor, que usted dice que se calla, emigra, se va á otro clima más templado; y las mariposas, que usted dice que *se van*, no emigran, se mueren.

Otra octavilla.

Y dejando sus nidos....

¡Huy! ¡Qué verso!.... Como que no lo es. Para que lo fuera, habría que acentuarle y pronunciarle así:

Y *déjan-do* sus nidos....

Porque ha de saber el Sr. Puga y Acal, que para hacer un verso heptasílabo no basta juntar sie-

te sílabas, sino que es preciso combinarlas de modo que resulten acentuadas la segunda y la sexta.

Por eso no es verso el primero de la segunda octavilla; porque tiene el acento en la tercera, en lugar de tenerlo en la segunda.

Vamos andando.

“Y dejando sus nidos
Allá *sobre* el alero,
Las *pardas* golondrinas
Se empiezan á reunir....”

Ni este verso es heptasilabo, sino octosílabo (porque *reunir* tiene tres sílabas), ni las golondrinas son pardas sino negras, con la pechuga blanca, ni suelen anidar *sobre* el alero, sino debajo.

De modo que esto no puede estar peor.

Pero no está mucho mejor lo que sigue:

“Adiós, dicen *piando*....”

Bueno: le advierto al Sr. Puga que *piando* no necesita diéresis para tener tres sílabas, porque en tres tiempos se pronuncia siempre: pi-an-do. Y aunque no tuviera esos dos puntitos que superfluamente le pone el Sr. Puga, nadie pronunciaría *pian-do*.

“Adiós, dicen *piando*,
El año venidero
Retornaremos todas,
Mas hoy fuerza es partir.”

Por supuesto, que nada de eso dicen las golondrinas, de seguro.

Porque las golondrinas, aunque parecen unas desjuiciadas, por lo vivo y chillón de sus diálogos y lo rápido y vertiginoso de su vuelo, son más formales que algunos malos poetas, y no suelen decir mentiras.

Y como no es verdad que tengan que partir á la fuerza, sino que se van porque quieren, dicho sea dentro de la hipótesis poética, pues en realidad ya se sabe que las golondrinas tienen instinto por el cual se rigen y gobiernan, pero no tienen voluntad ni pueden querer como las personas.... Como no es verdad, digo, que se vayan por fuerza ni porque nadie las eche á zurriagazos, sino porque quieren, porque el instinto las avisa la conveniencia de marcharse (y buena prueba de esto es que algunas se quedan); y como tampoco saben que hayan de *retornar todas* y de hecho nunca *retornan todas* al año venidero, porque siempre perecen algunas de muerte natural ó violenta, resulta que no es verosímil que digan *piando* esas cosas que el poeta, llamémosle así, las acumula.

Prosigamos:

Ahora las golondrinas reunidas, ó *runidas*, como quiere el Sr. Puga, comienzan á decirse unas á otras dónde van á pasar el invierno.

La primera dice así prosaicamente y en confianza:

"Mi viaje no es muy largo:
En la risueña *Niza*,
Un nido en un *tejado*
Me ofrece su quietud.
El prado siempre verde,
Suavísima la *brisa*...."

Que por suavísima que sea no puede ser consonante de *Niza*.

Pero váyase porque *largo* y *tejado* son asonantes, y no debían serlo.

A más de que casi no se puede creer que ninguna golondrina vaya á invernar á *Niza*.

Mejor invernarían en nuestra *Málaga*, que es mucho más templada que *Niza*.

¿O cree el Sr. Puga que las golondrinas son aficionadas á la ruleta y á otros vicios que constituyen el atractivo de *Niza* como estación de invierno?

Otra estrofa y otra golondrina:

"A la riente *Atenas*
Yo voy, murmura *aquella*...."

(Otra vez los asonantitos).

Cuán bello es de su cielo
El diáfano color!
¡Qué dulce es aquel clima!
¡Qué bien se vive en *ella*!....

¿En la *clima*?

Verdad es que había que concertar con *aquella*.
Y ya se sabe que esto de los consonantes es una

cosa que obliga á lo que no es creíble, ni justo, ni razonable.

La siguiente golondrina dice:

"Yo habito allá en *Esmirna*:
Mi nido está colgado
En el rincón oscuro
Del techo de un café."

Bueno. Esto no es muy poético que digamos.

Pero, además, ¿está seguro el Sr. Puga de que las golondrinas tengan nidos allá donde van á pasar el invierno?

Porque generalmente las aves no construyen nido sino para procrear.

Y procreando las golondrinas en la mansión de verano, me parece á mí que en la de invierno no deben de hacer nidos.

Vamos, que no hay tal nido en *Esmirna*.

Ni en *Tebas*, donde dice otra que le tiene, en otro verso mal acentuado, es decir:

"*En la tumba* que guarda
La momia de *Ramsés*."

Luego, ya se alborota la conversación, y todas las golondrinas hablan á un tiempo, aunque, eso sí, todas prosaicamente ó en versos de esta laya:

—Yo voy *hacia* *Palermo*.
—¡Qué bien se vive en *Rodas*,
De un viejo rey de *pedra*
Debajo el pedestal!

—Yo á Chipre.—Yo á Calcuta.
—¡Adiós!—murmuran todas,—
El próximo verano
Aquí nos hallará.”

Bueno, pues también el Sr. Puga nos hallará en el próximo artículo.

Ya estamos aquí otra vez, Sr. Puga.

“El próximo verano
Aquí nos hallará”

decían prosaicamente las golondrinas de usted, y con ese motivo le decía yo á usted que también nosotros volveríamos á encontrarnos en el artículo siguiente para seguir señalando ripios en los versos de usted, como verbigracia:

“Y vuelan y trinando
Felices y contentas....”

No se olvide que hablamos de las golondrinas, que el otro día se estaban despidiendo....

“Y vuelan y trinando
Felices y contentas,
Se alejan por el viento
Y rápidas se van....”

Es claro.

Pero, mire usted, Sr. Puga: la partida doble, que aplicada á la contabilidad es una gran cosa y produce excelentes resultados, aplicada á la poesía no sirve más que para aburrir á los lectores.

Usted, sin embargo, emplea la partida doble en la poesía, y quizá no la emplee en sus cuentas, para andar al revés del todo.

Vamos á ver: después de habernos dicho que las golondrinas iban trinando *felices*, ¿qué necesidad tenía usted de añadir que iban *contentas*? ¿No habían de estar contentas siendo felices?

Y después de haber dicho que *se alejan por el viento*, ¿qué necesidad hay de que usted añada *y rápidas se van*? Pues no han de irse si se alejan? ¿Ha visto usted que alguno se aleje de nosotros viniéndose ó estándose parado?

Nada.... *felices y contentas, se alejan y se van.* Todo por partida doble.

Continúe usted:

“Así de ébano negro....”

Pero, ¿hay ébano blanco? Puede ser.... aunque yo, francamente no lo conozco. Mas si no lo hay, sobraba el epíteto *negro*, que además está mal junto al *ébano*, porque son asonantes, y porque hay cacofonía en el *no-ne* con que termina una palabra y empieza otra.

Vamos adelante:

“Romped, romped el lazo
Que al mundo me encadena....”

Bueno; pero eso, ¿á quién se lo dice usted, Sr. Puga, á las golondrinas, ó á los lectores?.... Porque todas estas cosas deben saberse.

“Romped, romped el lazo
Que al mundo me encadena,
Y de la *blanca* luna
A la *argentada* luz,
Cruzando con las aves
La atmósfera *serena*,
Llevadme suspendido
Sobre la *mar azul*.”

¿Pero quién le ha de llevar á usted?....

¡Ah! y le advierto á usted que la mar no es *azul*
á la *argentada* luz de la *blanca* luna.

La mar puede ser azul de día, ó puede parecerlo; pero de noche, no. De noche, á la *argentada* luz de la *blanca* luna, la mar no puede ser más que blanca ó negra; blanca donde refleja la luna, y negra en la sombra.

Eso aparte de que, cruzando la atmósfera *serena*.... ó sin serenar, que esto es lo mismo; pero, vamos, cruzando la atmósfera *con las aves*, esto es, volando, igual se puede ir sobre la *mar azul* que sobre la tierra *verde ó amarilla*.

De modo que el verso de la *mar azul* es un ripio completo.

Otra estrofa:

“¡Oh *raudos* torbellinos!
Llevadme en *vuestra bruma*....”

¡Vaya! De suerte que ahora ya sabemos, ó presumimos, á quién mandaba el poeta, llamémosle

así, *romper, romper el lazo*, en la estrofa antecedente: á los torbellinos.

A los mismos torbellinos raudos á quien manda ó suplica ahora que le lleven en su bruma.

Lo malo es que los torbellinos raudos no suelen tener bruma, porque torbellino es una cosa y bruma es otra, y....

Pero adelante.

“¡Oh raudos torbellinos!
Llevadme en *vuestra bruma*....”

(Siempre en el supuesto de que la tengan, ¿eh?)

Por el *ignoto* espacio
Que el hombre *no cruzó*....”

Es verdad.

Si el hombre le hubiera cruzado, ya no sería ignoto.

Y sigue el poeta mandando, ó más bien pidiendo, pero pidiendo gollerías.

Como que dice:

“Dejadme en esos campos
Que *fecundó* Peneo,
En cuya *fresca* orilla
Se transformó *Dafné*....”

Y antes de pasar adelante, ¿es que ahora ya Peneo no fecunda los campos?

“Dejadme en esos campos
Que *fecundó* Peneo,

En cuya *fresca* orilla
Se transformó *Dafné*.

Allí do resonaron
Los cánticos de Orfeo,
Y *que* engalana Ceres
Con su *dorada* mies."

No sé si usted sabe, Sr. Puga, que todo eso de Ceres y de la mies dorada está ya mandado retirar, porque está muy traído y llevado, es decir, muy viejo.

Pero en cambio de la mies, que ya no queremos que sea dorada, nos gusta ahora que sea dorada, y mejor todavía, que sea de oro la sintaxis.

Vamos, que sea fina, y no como la que emplea usted en esa estrofa.

"Dejadme....
Allí do resonaron
Los cánticos de Orfeo,
Y *que* engalana Ceres...."

¿Qué es lo que engalana Ceres? ¿Engalana los cánticos de Orfeo?

¿Le parece á usted que esa sintaxis está buena, ni medio buena?

No, señor, no. Eso no está de paso.

Para que los lectores le entendiéramos, que es lo menos á que puede aspirar un escritor en verso ó en prosa; para que los lectores le entendiéramos, tenía usted que haber dicho:

"Dejadme.... allí do resonaron los cánticos de

Orfeo; allí en aquellos campos que engalana Ceres con *esto* ó con *lo otro*...."

Pero eso de "allí do resonaron los cánticos de Orfeo, y *que* engalana Ceres...." eso no es sintaxis, ni sindéresis, ni metempsícosis, ni nada.

¡Vaya con el Sr. de Puga!

La última estrofa dice:

"Allí todo es tranquilo...."

Y prosaico....

Digo, allí no sé si será todo prosaico; pero aquí, en los versos de usted, sí: todo es prosaico.

Bien se ve por la muestra:

"Allí todo es tranquilo,
Y guarda la *natura*
Recuerdos de otros tiempos:
Homero cantó allí;
Morada de los Dioses,
Asilo de ventura,
Do sólo Prometeo,
¡El sólo era infeliz!"

No, perdone usted, amigo.

Tan infeliz como Prometeo era Sísifo.

Y tan infeliz como Sísifo, por lo menos, es el que tiene que leer los versos de usted.

Pues así como Sísifo tenía que subir la piedra á la montaña, y cuando estaba ya con ella cerea del alto se le caía y tenía que volver á subirla de nuevo; así el lector de las estrofas de usted, cuan-

do está para concluir de leer una y cree que la va á entender, se confunde, se hace un lío, y tiene que volver á empezar á leerla, para no entenderla tampoco.

Sirva de ejemplo la que acabo de copiar:

“Allí todo es tranquilo....
Homero cantó allí;
Morada de los Dioses,
Asilo de ventura,
Do sólo Prometeo....” etc.

Donde parece que llama usted á Homero *morada de los dioses* y *asilo de ventura*, por llamárselo á Grecia.

Vaya, Sr. Puga, que usted se alivie.

¡Bonito porvenir!....

Me refiero á un periódico que se titula *El Porvenir de México*, y que según dice debajo del título, “es el único periódico en América que se ocupa de la gimnástica higiénica y medicinal en todos sus ramos.”

Corriente, en esto no hay perjuicio.

¡Plugiera á Dios que, á más de ser el único periódico que se ocupara, etc., fuera también su única ocupación eso de la gimnástica!

Pero ¡ay! no, que también se ocupa, ó hablando con más propiedad, se llena, de versos.

O llena de versos á sus lectores, hablando con más propiedad todavía.

Porque en un solo número les encaja cinco composiciones, llamémoslas así, aunque no se las puede llamar poéticas.

¡Ah! Y todavía en el mismo número pone un anuncio en verso, recomendando *la reina de las cervezas*....

La primera composición, que viene después de cuatro columnas de lecciones acerca de la “influencia del ejercicio sobre los órganos,” y después de un artículo de Selgas sobre el corazón (¡cosa novísima!), es la imitación número once mil setecientos de *Las golondrinas* de Becquer, sosita y nada más.

La segunda composición está en alejandrinos, impresos en forma de seguidillas, y su autor, que se firma R. P. Molina, es notable por sus antojos.

Pone por título á su trabajo *Yo quiero*, y el hombre empieza á querer unas cosas....

Por ejemplo:

“Yo quiero, dulce niña,
Graciosa, enamoradá,
Brindarte, si es posible,
Los hábitos de Dios....”

—¡Caracoles!—dirán ustedes....

Pues sí....; eso quiere. Vale que ya dice él modesta y prosaicamente, si es posible.

El hombre, en eso, no deja de estar razonable.
aunque no esté poético.

Y verán ustedes por qué quiere *brindar los hábitos de Dios á la dulce niña, si es posible.*

“Porque me inspiran tanto (disparate),
¡Oh maga idolatrada!
Las risas de tu labio (de tomate),
Los ecos de tu voz....”

Por eso, no más que por eso.

Y sigue queriendo cosas:

“Yo quiero en las mañanas
De grata primavera
Ponerte una corona....
(*Pues póngasela usted.*)
Y luego contemplarte....
(*No veo inconveniente.*)
Como á la bella Erato
Vagando en el vergel.”

Otro antojo:

“Yo quiero en mis delirios,
Y en medio de visiones,
Con ansia y con desvelo....”

Pero, hombre, ¡cuánto requisito pone usted!....
Delirios, visiones, ansia, desvelo.... y todo ¡para qué?

Con ansia y con desvelo
Tu sien acariciar;
Y....”

¿Más todavía?.... Bueno, siga usted:

“Y en mágicos arrobos
Brindarte mis canciones;
Y.... (*¡dale con los brindis!*)
Y.... (*¡todavía más?*)
Y luego.... suplicarte
Y luego.... agonizar.”

¡Canario!.... ¡vaya un gusto!....
Siga usted pidiendo.

“Yo quiero ser el soplo....”

¡Anda....! ¡Ahora sale usted con eso?....

“Yo quiero ser el soplo
Del aire *perfumado*
Que *lánguido* se mece
tocando tu balcón....”

¡Un soplo que se mece tocando.... como un
tamboritero!

Y tocando para....

“....Tocando tu balcón
Para besar tu rostro,
Tu labio sonrosado,
Y luego.... ser un hombre....

¡Ah! ¿También quiere usted ser un hombre?....
Pues ¿qué es usted ahora?

“Y luego.... ser un hombre
Y darte el corazón....”

¿Y para acabar por ahí empieza usted queriendo ser el soplo?... Bueno; siga usted:

“Yo quiero ser el césped....”

¡Otra!... ¿Y qué más?

“Yo quiero ser el eco
De melodiosa trova,
Llegar á tus oídos
Haciéndote reír....”

¡Diantre! Vea usted lo que son las cosas.... Si no quisiera usted más que eso último, estaba usted servido indudablemente.

Porque el eco de la trova de usted hace reír á cualquiera; y por consiguiente, también habrá hecho reír á la *niña dulce*.

Pero usted quiere más; y el caso es que quiere usted cosas que ya no son tan hacederas. Verbi-gracia:

“Y luego *sosegado*....”

Bien, sí, eso sí: mejor es que esté usted *sosegado*. Y que no alborote. Pero....

“Y luego *sosegado*
Quedarme por tu alcoba....

(¡*Recóncholis, qué osado!*)
¡*El chico no se emboba!*)

Y en un agujerito,
Mirándote dormir....”

(¡*Hombre! esto es muy bonito!*...
¡*Pues no ha de hacer reír?*)

Y todavía falta lo mejor; porque después..... Verán ustedes.

“Después con paso lento....
(*Si, sí, vete con tiento*)
Sonriendo y silencioso....”
(¡*Vaya un verso abundoso!*)

Como que tiene ocho sílabas en lugar de siete; porque *sonriendo* tiene cuatro, y *silencioso* otras cuatro. De modo que, aun haciendo sinalefa en la o final de *sonriendo* al unirla con la *y*, todavía queda un octosílabo hecho y derecho.

Y no le sigo á usted en su excursión con paso lento, porque me temo que se extravíe usted, á pesar de la lentitud del paso.

Le dejo á usted para volverle á coger un poco más adelante cuando dice:

“Y luego....”

Este *y luego* le repite usted sobre unas siete veces en la composición.

“Y luego cuando anuncie
El sol que ya es de día,
Sabiendo que tú siempre
Del fresco vas en pos....”

¡Hola! ¿Conque tiene la niña esas aficiones, eh?... Siempre va en pos del fresco... Y usted lo sabe.... ¡Desgraciada!... Ya la ha caído la lotería.... Porque la estará usted moliendo con versos frescos cada lunes y cada martes.

Y lo que es como frescos... Vamos, que para fresca... .

Pero verán ustedes lo que se le ocurre al hombre, sabiendo que ella siempre va en pos del fresco... .

“Sabiendo que tú siempre
Del fresco vas en pos,
Buscarte *por doquiera*... .”
(*Pues es una tontera,*
Búsquela en la nevera)... .

Y la encontrará usted de seguro. ¿Para qué quiere usted buscarla *por doquiera*, si sabe ya dónde ha de encontrarla?... .

“Y luego cuando anuncie
El sol que ya es de día,
Sabiendo que tú siempre
Del fresco vas en pos,
Buscarte *por doquiera*,
Buscarte, vida mía,
Pasar por tus balcones
Para... .”

¿Para qué creerán ustedes? Vamos á ver... .
No crean ustedes que es para nada malo, no... .
El hombre se nos presentaba como un calavera deshecho; pero no hay que creer en apariencias. Al cabo y á la postre nos resulta un doctriño... .

“Buscarte *por doquiera*,
Buscarte, vida mía,
Pasar por tus balcones... .”

¿Volando?

“Pasar por tus balcones
Para... . decirte ¡¡adiós!!”
(*Con dos admiraciones*).

Y me parece que para concluir por ahí no era menester argumentar tanto.

VELARDE.

¡Cómo está la sociedad!

Es decir, ¡cómo la pone un *poeta* mejicano, en el mismo número del periódico de la gimnástica, que ya ustedes conocen!

En el mismo número, sí, en el mismo número del *Porvenir de México*, y poco después de los an-tojos del Sr. Molina, vienen otros versos en que arremete contra la sociedad otro *poeta* que se llama....

Bien dice el refrán, que "en todas partes cuecen.... Velardes."

O si no cuecen, por lo menos debían cocer, para que se les quitara la crudeza con que tratan á la sociedad.... y á la poesía.

Porque lo que es este Velarde, que así se llama el *poeta* mejicano aludido, es terrible, mucho más

terrible que el otro que teníamos acá y que se nos murió hace poco.

¡Dios le haya perdonado!

Y Dios le perdone también á este de Méjico cuando se muera.

O antes.

Dios le perdone el ensañamiento con que trata á la sociedad, que regularmente no le habrá hecho ningún desaguizado fuerte.

Como tampoco le habrá hecho la poesía más que no hacerle caso, y no sale por eso mejor librada.

Titula el Sr. Velarde su obra de este modo:

"LA SOCIEDAD Y EL POETA.

FRAGMENTO."

Sí, fragmento... Afortunadamente se le quebró al Sr. Velarde la composición y no ha podido presentárnosla entera.

Después que vean ustedes el fragmento, harán el favor de decirme, si la cosa no se llega á romper, lo que nos hubiera pasado.

Así empieza:

"Y tú ¿qué haces, *sociedad inmunda?*"

¡Buen principio!

¿Qué les parece á ustedes del apóstrofe?

Y esto no es más que para empezar, con que váyanse ustedes preparando.

"Y tú, ¿qué haces, *sociedad inmunda?*...."

Por supuesto que la sociedad no le contesta, y hace bien. Porque figúrense ustedes en qué vendría á parar una disputa que comienza con tales epítetos....

Pero el poeta, llamémosle así, suple el silencio de la interpelada, y se contesta á sí mismo.

Verán ustedes lo que dice él que hace la inmunda sociedad:

“Y tú, ¿que haces, sociedad *inmunda*?....
Te *revuelcas* en *pútridas orgías*,
Y en tu mortal *putrefacción profunda*
No ves que llegan tus *postreros días*.”

¿Qué afición á las *pes*!.... *Pútridas, putrefacción, profunda, postreros*.... Podrías pasar, pésimo poeta, por pariente próximo de Pío Pita Pizarro, aquel gobernador de Madrid de las tres pes y de progresista memoria....

Por lo *demás*, como dice Cánovas, me parece que en cuanto á energía en los calificativos no deja nada que desear.

Y sigue:

“Cómplice *infame* de sofistas *viles*,
Al genio miras con *sangriento encono*....”

Pues ¿qué le ha hecho á usted? Vamos á ver....
¿En qué ha conocido usted que le mira con *sangriento encono* la sociedad?....

Porque supongo que eso del *genio* lo dirá usted con referencia á usted mismo ¿eh?.... Sí, con-

co el sistema ese que tienen ustedes, los malos poetas, de llamarse á sí mismos genios á cada paso. Lo que hay es que no alcanzo los motivos que pueda usted tener para decir que la sociedad le mira á usted con *encono sangriento*....

Siga usted.

“Cómplice *infame* de sofistas *viles*,
Al genio miras con *sangriento encono*,
Y adoras luego *sórdidos reptiles*,
Sandías urracas, *nauseabundos monos*.”

¡Muy bien dicho!....

Y eso que los *monos*, aun siendo *nauseabundos*, no son en rigor consonantes de *encono*, ni aun cuando el *encono* sea *sangriento*. Pero esta es una faltilla de poco más ó menos, que al lado de esa riqueza de epítetos, *infame, viles, sangriento, sórdidos, sandías, nauseabundos, postreros, pútridos* é *inconcomitantes*, resulta imperceptible.

Lo demás, muy bien. Y la está bien empleado á la sociedad ese chaparrón de impropiedades....
¿Quién la manda mirar al *genio* con *sangriento encono*?....

Adelante, adelante. Vamos á ver qué más *picardías* hace la sociedad inmunda.

“Tú del poeta el corazón destrozadas....”

¿También ha hecho eso? ¿También le ha destrozado á usted el corazón la sociedad? ¡Mire usted

si es cruel! ¿Por qué no la llama usted también descastada y sin entrañas?

“Tú del poeta el corazón *destrozas*
(¡No venga usted con brozas!)
Y sofocas sus quejas *desgarradas*;
Y *estólida* al mirarte *te alborozas*
(Y brincas y retozas)
Y prorrumpes en *sandías* carcajadas.”

¿Qué le parece á usted la estrofa con las dos adiciones mías? Diga usted francamente. . . . ¿No es verdad que ha mejorado algo? . . . ¿Si parece ya una estrofa de Núñez de Arce!

Y eso que aquel *mirar* . . . *te-te*, que ha puesto usted en su tercer verso, no está del todo fino.

Y el epíteto *sandías*, aplicado á las carcajadas, también tiene de malo que hace poco se le aplicó usted á las urracas adoradas por la sociedad infame.

Vamos andando.

“Tú le rechazas . . .”

Tú, suple sociedad; le rechazas, suple al poeta.

“Tú le rechazas, *miserable arpía*,
(Sigue la letanía).

Como si fuera *repugnante perro*,
(Si se empeña, le encierro):

Tú has insultado la tristeza mía . . .”

¡Vaya! ¡Acabáramos! Al fin declara usted que el genio ese á quien mira con sangriento encono la inmunda sociedad, y el poeta cuyo corazón destro-

za y cuyas quejas *desgarradas* sofoca la miserable arpía, es usted . . .

“Tú has insultado la tristeza mía . . .”

Vamos, la de usted, la del poeta, la del genio. . . .
¿Y así, con esa falta de modestia, se proclama usted genio y poeta *urbi et orbi*? . . .

Pues mire usted . . . Yo creo que tampoco será verdad que la sociedad inmunda le haya hecho á usted todas esas judiadas de sofocarle las quejas, destrozarle el corazón y mirarle con encono sangriento. Pero aunque le hubiera hecho á usted todo eso, no sería culpable de haber causado destrozo alguno en corazón de poeta, ni de haber mirado con sangriento encono al genio; porque usted no es genio, ni poeta, ni cosa que lo valga.

¿A ver que más?

“¡Tú has insultado la tristeza mía!
Me has traspasado con candente hierro.”

¡Pero, hombre! ¿Hasta eso ha hecho con usted? . . .
No se le puede á usted creer . . .

Por supuesto, que en rigor, bien merecía usted ese duro castigo que se aplicaba á los blasfemos antiguamente, porque no es otra cosa que una sarta de blasfemias poéticas, ó más bien antipoéticas, el tal fragmento.

Siga usted:

“*Ruin, corrompida, estúpida, coqueta* . . .
(¿Nada más? ¡Zapateta!)

De horrendos vicios pestilente esponja,
(¡Ya escampa! . . . ¡Otra lisonja!)
Tú no perdonas al veraz poeta . . .”

Es decir, que no le perdona á usted; porque usted es, ó quiere ser, el *veraz poeta* . . .

Pues hace muy bien en no perdonarle á usted. En primer lugar, porque no es usted poeta, y luego, porque tampoco es usted veraz, porque exagera usted los vicios y las faltas de la sociedad, que aunque no es buena, no es tan mala como usted la pone.

“¡Ah! Nunca esperes que el cantor doliente
Sus dolorosas convicciones tuerza . . .”

Ni hace falta; porque las tiene ya bastante torcidas, ó por lo menos mal dirigidas, en lo literario,

“¡Ah! Nunca esperes que el cantor doliente
Sus dolorosas convicciones tuerza,
Porque se oculta en su indomable frente . . .
(¡Qué será? . . . ¡Dios clemente!)
Del *aquilón septentrional* la fuerza . . .”

¡Atiza!

De modo que esa cabeza es una bomba de aire comprimido . . .

¡Ya, ya! ¡Bien se conoce! . . .

Pero ¿por qué dice usted eso del *aquilón septentrional*? ¿Cree usted que hay también *aquilón* del Mediodía? . . .

Regularmente; porque los malos poetas suelen ustedes creer unas cosas . . .

Pues no, señor, no. Decir *aquilón septentrional* es lo mismo que decir *aquilón aquilonal* ó *septentrión septentrional*; porque *aquilón* es el viento Norte, y el *septentrión* es el Norte, que se llama así, *Septentrión*, de *Septentriones* (siete bueyes de labranza), las siete estrellas de la Osa Mayor, que también se llama *Septentrio Major*, ó las de la Osa Menor, *Septentrio Minor*.

Bueno; quedamos en que no vuelva usted á decir *aquilón septentrional*, y siga usted:

“¡Ay! Tú has podido taladrar mis huesos,
Hambriento buitre, en *espantosa calma*;
Pero nunca podrás en tus excesos . . .”

¡Claro que no podrás! ¿Qué más excesos va á cometer, después de taladrar los huesos en *espantosa calma* como un hambriento buitre? . . .

“Pero nunca podrás, en tus excesos,
Doblar mi frente y corromper mi alma.”

Eso está bien, que no se deje usted corromper el alma, ni doble usted la frente ante ningún poder ilegítimo. Así me gustan á mí los hombres, aunque no sean poetas.

Acabe usted:

“*Pérfida* siempre y *desalmada* eres,
Siempre al caído escarnecer te he visto,

Y el crimen siempre á la virtud prefieres,
Y aún prefirieras un ladrón á Cristo....”

Desgraciadamente, todo eso es verdad; aunque
no sea poesía.

Que no lo es.

SALVADOR CORDERO Y BUENROSTRO.

Se ha observado que las personas cuyos nombres ó apellidos son de esos que expresan determinadas cualidades, suelen tener las contrarias precisamente.

Es decir, que los que se llaman de apellido *Moreno* suelen ser rubios, y los que se llaman *Rubio* suelen ser morenos, y un *Homobono* suele ser un bribón, y un *Cándido* suele ser un tunante, y una *Rosa* suele ser un espantajo, y una *Pura* es á lo mejor.... cualquier cosa.

No sé yo si el Sr. D. *Salvador Cordero y Buenrostro*, que es el poeta, digámoslo así, que va á ocupar hoy la benévola atención de los lectores y la mía, estará del todo comprendido en la regla.

Por de pronto, aunque se llama *Salvador*, no me parece que es el que ha de salvar á la poesía de